

Los zelotas y la muerte de Jesús

Alfredo MORIN, p.s.s.

El porqué de la entrega, condenación y muerte de Jesús ha interrogado dolorosamente la conciencia cristiana a través de los siglos. Las figuras patéticas de Judas Iscariote¹ "que lo entregó", del pueblo tildado de "deicida", de Pilatos "que se lava las manos", del pueblo que grita: "¡Crucifíqueno!", han dejado una huella profunda y duradera en nuestra predicación, nuestra catequesis, nuestras paraliturgias y hasta en el folclore de muchos de nuestros pueblos. El crimen de haber crucificado a Jesús, difícil de cargar, aunque todos los pecadores del mundo compartamos en alguna forma su responsabilidad, ha generado sus seculares chivos expiatorios, tratados, por cierto, en forma poco evangélica. Por esto la Iglesia nos invita cada año en Semana Santa a reenfocar nuestra mirada sobre estos eventos tan trascendentales para la historia de la humanidad y considerarlos con los ojos mismos de Jesús que ofreció su vida por sus verdugos: "Padre, perdónales porque no saben lo que hacen".

Acabar con algunos prejuicios persistentes

Una reflexión cristiana sobre el drama del Calvario supone primero librarnos de algunos prejuicios persistentes. Esto mismo se propone el libro reciente de Dom Vincent MORA, *Le refus d'Israel*², en el que el autor, superior del monasterio benedictino de Tabgha en Israel, comenta el texto de Mt 27, 25: "¡Su sangre sobre nosotros y nuestros hijos!". De este versículo afirmaba GUIGNEBERT: "Pocas palabras evangélicas han hecho tanto daño"³. Dom MORA lo estudia con todos los recursos de la crítica científica moderna y nos entrega un estudio lúcido y de una gran riqueza doctrinal. Valdrá la pena en otra ocasión presentar en detalle esta valiosa obra. De momento bástenos con destacar algunas conclusiones útiles para nuestra reflexión.

¹ Iscariote es en primer término un apodo gentilicio. *Ish Qerioth* significa: el hombre de Qerioth, un pueblo de Judá. Pero, como en arameo, *iaskar iothe* significa: lo entregó, los contemporáneos de Judas, inclinados a leer el destino de cada hombre en las asonancias de su nombre (v.g. Abraham: *pater multitudinis*; Kefa: piedra...), vieron en su apodo un presagio de su traición. Por esto los evangelistas agregan veinte veces a su apodo la etimología popular: el que lo entregó.

² Paris, Cerf, 1986.

³ GUIGNEBERT, Ch., *Jésus*, Paris, 1933, p. 575.

* La expresión "su sangre sobre (la cabeza de)..." no tiene sentido de maldición. Se trata de una fórmula jurídica para fijar la responsabilidad de una muerte. En el caso de Mt 27, mientras Pilatos rehusa la responsabilidad de condenar a Jesús "el pueblo" la asume. *Dios habla hoy* traduce *ad sensum*: "¡Nosotros y nuestros hijos nos hacemos responsables de su muerte!".

* ¿Qué representa "*todo el pueblo*" que responde a Pilatos, y la expresión "*nosotros y nuestros hijos*"? ¿Todos los judíos de la Tierra de Israel y de la diáspora? ¿Los contemporáneos de Jesús y sus descendientes hasta el fin de los tiempos? Aquí conviene hacer varias observaciones.

Es preciso tomar en cuenta el estilo de Mateo quien, a la manera de los profetas, gusta de dramatizar los eventos por presentaciones globales. Como lo anota el P. Beda RIGAUX, "nadie ha multiplicado los *todos* como Mateo"⁴. Cuando llegaron los magos, *toda Jerusalén* se sobresaltó. Herodes convocó a *todos* los sumos sacerdotes y mandó matar a *todos* los niños de Belén. En cuanto a Jesús, curaba *todas* las enfermedades. Le traían *todos* los enfermos. El recorría *todos* los pueblos, etc...

En Mt 27, 25, cuando "todo el pueblo" asume la responsabilidad de la muerte de Jesús, Mateo no pretende ofrecernos un censo de los culpables. Mateo está haciendo teología y su mensaje, repetido en varias partes de su Evangelio, es que el Pueblo Elegido (en griego: *laos*), el Pueblo de la Alianza no supo acoger al Mesías. Tema que se encuentra también, por ejemplo, en el Prólogo de Juan (1, 11): "El Verbo vino a su casa y los suyos no lo recibieron". Este modo de hablar es estadísticamente tan poco riguroso que Juan prosigue: "Pero a *todos los que lo recibieron* les dió poder de hacerse hijos de Dios". Subrayemos que esta primera comunidad cristiana que supo acoger al Verbo era judía.

* La fórmula "*nosotros y nuestros hijos*" abarca en otra forma globalizante los actores presentes del drama. No alude a las generaciones venideras. Significa: nosotros con los hijos que tenemos. Expresión típica del sentido comunitario judío.

* Para Mateo, las consecuencias de este gesto fatídico serán la destrucción del Templo y de la ciudad de Jerusalén. ¡Hasta allí y no más! No significa, observa MORA, que la ciudad y su Templo no puedan ser reconstruidos en tiempos mejores. Al contrario, sigue filtrando una luz de esperanza; algún día Jerusalén que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados, volverá a ver a Jesús y cantará el salmo 118, 26: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! (Mt 23, 39).

⁴ RIGAUX, Beda, *Para una historia de Jesús, II. Testimonio del Evangelio de Mateo*, col. "Temas Bíblicos", Bilbao, DDB, 1969, p. 49.

¿Por qué motivo entregar a Jesús?

Clarificada, aquí en forma demasiado breve, la exégesis de Mt 27, 25, vuelve, lancinante, la pregunta: ¿Por qué? ¿Por qué algunos jefes del pueblo quisieron condenar a Jesús? ¿Por qué lo entregó su discípulo Judas? ¿Cuál era la actitud psicológica de aquéllos que resolvieron eliminar al rabino galileo Jesús? ¿Fue pura maldad? Cuando describen los sentimientos de los perseguidores, los textos del NT y de la literatura cristiana antigua hablan de *zêlos*, de *heris* y de *phthonos*⁵. ¿Qué ocultaban este "celo", esta ira y esta malevolencia? ¿Egoísmo? ¿Ceguera? ¿Mala fe? Aquí conviene recordar que la psicología humana es compleja y que nunca ve uno con perfecta claridad en sus propias motivaciones. En el corazón humano anida lo bueno, lo malo y lo peor, difíciles de separar. ¿Por qué Judas, discípulo de Jesús, escogido por El por sus buenas disposiciones, juzgó necesario entregar a su Maestro? ¿Acaso la esperanza de cobrar una recompensa sórdida, como lo llegó a sugerir una tradición que refleja el asombro escandalizado de una generación posterior, constituye una explicación suficiente?

Sobre este punto, MORA avanza una hipótesis a nuestro juicio no suficientemente matizada, pero que merece atención porque muestra un lado de la medalla que demasiado a menudo se ignora. Escribe:

"Pensamos que los fariseos no aceptaron a Cristo no a causa de sus defectos sino a causa de sus cualidades. No a causa de su superficialidad, sino a causa de su seriedad. No a causa de las debilidades de su religión, sino a causa de sus riquezas. Es preciso reconocer, en efecto, que los fariseos en su conjunto habían hecho de la religión el todo de su vida. Su ciencia, su celo (subrayado nuestro), su profundidad religiosa no están en tela de juicio..." (pp. 144s).

Sin aventurarnos tan lejos en la apología, digamos que los fariseos⁶, a pesar de atravesar en aquel momento un período de crisis profunda,

⁵ Mc 15, 10; Mt 27, 18.

⁶ Varios autores modernos procuran disminuir la responsabilidad de los fariseos en la Pasión de Jesús. El hecho de que los rabinos de hoy sean de línea farisea da una importancia ecuménica a este debate. Ver a este respecto las acertadas observaciones del Dr. Fisher que publicamos en este número de nuestra revista. Sin embargo, no sobra recordar que Mateo recuerda dos decisiones de *los fariseos* —sin duda ¡algunos! si se tiene en cuenta las usanzas literarias de Mateo— de acabar con Jesús: en 12, 14, luego de una discusión sobre el sábado; y en la conclusión de la parábola de los viñadores homicidas (21, 45s). El caso del fariseo Saulo de Tarso que persigue a Jesús en sus discípulos es significativo. En el camino de Damasco, oye una voz que le dice: "Yo soy Jesús que tú persigues". Los mismos motivos que sirvieron para perseguir a Jesús servirán también para condenar a sus discípulos: Esteban, Santiago, Pedro, Pablo, etc... La maldición que a principios de los años 80 agregarán los rabinos al *Shmoné Esré* ("Que los apóstatas no tengan ninguna esperanza y que el imperio del orgullo sea arraigado pronto en nuestros días. Que los nazarenos (igual: cristianos) y demás *minim* perezcan en un instante") no constituye una novedad. Refleja sin duda los sentimientos de Saulo cuando sus compañeros lapidaban a Esteban, o cuando el mismo organizaba redadas de nazarenos. Pero tampoco se puede olvidar que otros fariseos se mostraban mucho más benignos (v.g. Gamaliel I) con sus hermanos cristianos.

podían obrar de buena fe, aunque trágicamente equivocados desde el punto de vista cristiano.

El zelotismo, un fenómeno religioso

Bajo este aspecto, parece útil considerar con atención un fenómeno religioso de todas las épocas, pero que en este caso echa raíces profundas en la *Torá* y que ilumina mucho las tensiones que existían en el primer siglo entre la nueva secta cristiana y el resto del judaísmo. Convendrá detenernos especialmente en la figura de Saulo de Tarso, enfrentado con los cristianos en un primer momento, y luego de su "conversión", con los demás hermanos judíos que no habían aceptado a Jesús de Nazaret como Mesías. Es particularmente interesante para nosotros el caso de este apóstol por varios motivos: se trata de un fariseo que, luego de una fuerte crisis, pasó a la secta cristiana; este fariseo se describe a sí mismo como *zelota*⁷, o sea, *celoso* por la *Torá* y el Templo; su caso está muy bien documentado por varios escritos, algunos de su puño y letra, y este Apóstol de los gentiles ha dejado una impronta profunda y perdurable en el cristianismo posterior. Sabemos especialmente que san Pablo ha sido en la Iglesia primitiva un signo de contradicción, como se ve por ejemplo en la literatura seudoclementina de los siglos 2º, 3º y 4º. Pablo estaba, pues, en el nudo del problema ecuménico judeocristiano de los primeros siglos y lo sigue estando hoy entre nosotros. Saulo de Tarso, pues, no es un fenómeno aislado, ni mucho menos. Constituye un eslabón muy importante para nosotros en una cadena de zelotas (celosos) famosos cuyos antecesores más conocidos son, entre otros: Pinjas ben Eleazar, ben Aarón, Elías el tesbita, Jehú, hijo de Josafát y Matatías, hijo de Juan, hijo de Simón.

No confundir zelotas (o celosos) con sicarios (o guerrilleros)

Pero primero que todo importa de una vez señalar una ambigüedad que a menudo nos impide ver con claridad quiénes eran estos *zelotas*⁸. Generalmente han sido confundidos con los *sicarios* de Judas el Galileo, promotor de la 4a filosofía de que habla Flavio Josefo, jefe de una dinastía de guerrilleros empeñados en liberar la Tierra de Israel del invasor romano, que se movía en los círculos fariseos de Rabi Shamai y, detalle interesante para nosotros de América Latina, que tenía bien clara su "teología de la liberación". Cuando uno visita las ruinas de la fortaleza de Masadá, los guías nos las describen como el último punto de resistencia del grueso de las tropas "zelotas". Pero esta etiqueta de "zelotas" aplicada a los heroicos defensores de Masadá mantiene una confusión lamentable. Es preciso

⁷ Zelota, celote y celoso son tres traducciones de la misma palabra griega. *zelotes*.

⁸ Contra la costumbre de confundir zelotas y sicarios han sido importantes los estudios de Kirsopp LAKE, Günther BAUMBACH y Morton SMITH.

levantar esta hipoteca si queremos conocer mejor el ambiente en el cual se movieron Jesús de Nazaret y Saulo de Tarso. La fuente principal, de lejos la más importante que tenemos sobre la dinastía de los guerrilleros de Judas el Galileo es Flavio Josefo, y éste, que describe con lujo de detalles su frustrada y gloriosa epopeya, no los llama nunca "zelotai". Para aquel importante historiador, son "los discípulos de la 4a filosofía", son los galileos, son los sicarios, o los bandoleros (*lesteis*), pero no se les aplica la etiqueta de "zelotas".

**Los zelotas en la Biblia hebrea, el Talmud,
Flavio Josefo y Filón de Alejandría**

¿Quiénes son pues los "zelotai" que el mismo Flavio Josefo cita 52 veces en su *Guerra Judía* y que la Biblia y Filón de Alejandría mencionan a menudo? Para librarnos de las acostumbradas confusiones, es preciso evitar llamar zelotas a todos los violentos de la historia sagrada y estudiar solamente los textos en los que se menciona explícitamente el calificativo de "zelotai". No es del caso repetir aquí el detalle de un estudio minucioso que publiqué en 1973 en la *Revue Biblique de L'Ecole Biblique et Archéologique* de Jerusalén⁹.

El padre reconocido del zelotismo es PINJAS, ben Eleazar, ben Aarón, sacerdote de que nos habla Nu 25, 1-18:

"Israel se estableció en Shittim. Y el pueblo se puso a fornicar con las hijas de Moab. Estas invitaron al pueblo a los sacrificios de sus dioses, y el pueblo comió y se postró ante sus dioses. Israel se adhirió así al Baal de Peor, y se encendió la cólera de Adonai contra Israel.

Dijo Adonai a Moisés: Toma a todos los jefes del pueblo y despénalos en honor de Adonai, cara al sol; así cederá el furor de la cólera de Adonai contra Israel. Dijo Moisés a los jueces de Israel: Matad cada uno a los vuestros que se hayan adherido al Baal de Peor.

Sucedió que un hombre, un hijo de Israel, vino y presentó ante sus hermanos a la madianita, a los ojos de Moisés y de toda la comunidad de los hijos de Israel, que estaban llorando a la entrada de la Tienda de Reunión. Al verlos Pinjas, hijo de Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, se levantó lanza en mano, entró tras el hombre a la alcoba y los atravesó a los dos, al israelita y a la mujer, por el bajo vientre. Y se detuvo la plaga que azotaba a los hijos de Israel. Los muertos por la plaga fueron 24.000.

Adonai habló a Moisés y le dijo: Pinjas, hijo de Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, ha aplacado mi furor contra los hijos de Israel, porque él ha sido de entre vosotros, el que ha sentido celo por mí; por eso no he acabado con los hijos de Israel a impulso de mis celos...".

⁹ MORIN, Alfred, *Les deux derniers des Douze: Simon le Zélote et Judas Iskarioth*, RB, LXXX (1973), 332-358.

Un digno sucesor de Pinjas será *Elías el tesbita*, que en su celo por Adonai, Dios Sebaot, mandará degollar a los sacerdotes de Baal en el torrente de Quishón (1 R, 18). Otro será *Jehú*. Dice a Jonadáb: "Súbete a mi carro, y verás mi celo por Adonai". Y pasa por la espada a todos los hijos de Israel que se habían manchado en el culto de Baal (2 R 10).

Ya van apareciendo los rasgos característicos de estos zelotas. Son judíos que aman entrañablemente a Adonai su Dios, que se identifican con su causa, y que al ser testigos de infidelidades graves a la Alianza se vuelven instrumentos de la cólera de Adonai contra los pecadores de su Pueblo Elegido. Estos zelotas recrean a su Dios a su propia imagen y semejanza: un Dios agresivo, colérico, castigador: "Yo soy un Dios zelota que castigo la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y la cuarta generación de los que me odian..." (Ex 20, 5).

La literatura talmúdica nos ha conservado textos sobre estos zelotas (*ganna'im*) que Borge Salomonsen¹⁰ hace remontar a la época asmonea, aun si la redacción es más reciente. Se trata del famoso texto de la Mishná Sanh. 9, 6 y de sus comentarios en la Gemara sea de Babilonia, sea de Palestina:

"Aquel que ha robado un objeto de culto, que ha profanado el Nombre por sus brujerías o que ha tenido relaciones con una aramea, puede ser golpeado por los zelotas. En cuanto al sacerdote que ha participado en el culto en estado de impureza, no lo entregan sus hermanos los sacerdotes ante el tribunal; sino que los más jóvenes de los sacerdotes lo hacen salir del atrio y le rompen el cráneo a garrotazos..."

Filón de Alejandría, contemporáneo de Jesús, habla mucho de estos zelotas por quienes no oculta su admiración. Refiere que los que violan el sábado, por ejemplo recogiendo leña para alimentar el fuego, no escapan a la pena de muerte, "pues hay millares de zelotas que vigilan, estrictos guardianes de nuestras instituciones ancestrales, implacables para quienes no las respetan" (*De Specialibus Legibus*, II, 253). Sus escritos dejan en claro que el zelotismo violento no constituye una secta como los fariseos, los saduceos, los esenios o los seguidores de Judas el Galileo, pues la ocasión (*kairós*) es la que hace al zelota. Se trata de un fenómeno carismático, de una manifestación súbita de la *ruaj Adonai*, de un caso de posesión divina: el celo de Adonai irrumpe sobre un zelota como la *ruaj Elohim* se apodera de un profeta. El hombre se vuelve a tal punto instrumento de la cólera de Dios que no tiene que rendir cuentas a nadie. A propósito del crimen de apostasía, Filón escribe:

"Conviene que todos aquellos que anima el celo por la virtud puedan aplicar el castigo con sus propias manos y sin demora, sin arrastrar

¹⁰ SALOMONSEN, B., *Some remarks on the Zealots with Special Regard to the Term 'Qannaim' in Rabbinic Literature*, en NTS, XII (1966), 164-176.

al culpable ante ningún tribunal, ningún consejo, ningún magistrado, y den rienda suelta a los sentimientos que los animan: el odio al mal y el amor a Dios que los presionan para aplicar sin misericordia el castigo al impío. Deben estar conscientes de que la ocasión (*kairós*) los ha transformado en consejales, jurados, altos comisarios, miembros de la Asamblea, fiscales, testigos, leyes, pueblo: ¡en todo! de tal manera que sin temor ni trabas puedan defender la santidad con toda seguridad" (*De Spec. Leg.* II, 55).

Y Filón trae a colación el ejemplo de Pinjás quien, "arrebatao por una furia divina", atravesó con su lanza a los amantes escandalosos. "Este gesto, escribe Filón, producido en forma súbita y en el calor de la exaltación, fruto de un celo espontáneo y que nada detiene, ha sido alabado por Dios y premiado por los dones de la paz y del sacerdocio (*ibid.* II, 56s). Notemos de paso que este fenómeno se manifiesta de preferencia en los círculos sacerdotales, encargados de vigilar sobre el cumplimiento de las *mitsvot* de la *Torá* y de purificar el Pueblo de Dios.

Ya hemos dicho que Filón era perfecto contemporáneo de Jesús de Nazaret: nació antes de Jesús y murió después. No nos vayamos a sorprender si encontramos varios zelotas en los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas. Uno de los Doce se llama Simón el Zelota (Mc y Mt ponen *kananaïos*, que no significa "cananeo" sino zelota, pues esto mismo significa *qannai*). El mismo Juan el Bautista, presentado como un posible Elías redivivo, usa un lenguaje típicamente zelota: "¡Ha llegado el tiempo de clavar el hacha en el tronco y quemar la paja! ¿Quién os ha enseñado a escapar de la cólera divina?...". Allí están también los Zebedeos, hijos del trueno que piden a Jesús fulminar a la gente de un pueblo samaritano "como antaño lo hiciera Elías". Allí están los verdugos de la mujer adúltera. Y allí está Saulo de Tarso que en varias ocasiones evoca sus antecedentes de zelota. Detenido en Jerusalén por el tribuno de la cohorte, Pablo pide permiso para hablar a sus perseguidores que lo quieren ejecutar por "enseñar contra la Ley y contra el Templo" (Hch 21,28).

"Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero educado en esta ciudad, instruido a los pies de Gamaliel en la exacta observancia de la Ley de nuestros padres; estaba *lleno de celo* por Dios, como lo estáis todos vosotros el día de hoy. Yo perseguí a muerte a este Camino, encadenando y arrojando a la cárcel a hombres y mujeres, como puede atestigüarme el Sumo Sacerdote y todo el Consejo de ancianos. De ellos recibí también cartas para los hermanos de Damasco y me puse en camino con intención de traer también encadenados a Jerusalén a todos los que allí había, para que fueran castigados...

"Habiendo vuelto a Jerusalén y estando en oración en el Templo, caí en éxtasis; y le ví a él que me decía: Date prisa y marcha inmediatamente de Jerusalén, pues no recibirán tu testimonio acerca de mí. Yo respondí: Señor, ellos saben que yo andaba por las sinagogas encarcelando y azotando a los que creían en tí; y cuando se derramó la sangre de tu testigo Esteban, yo también me hallaba presente y

estaba de acuerdo con los que le mataban y guardaba sus vestidos. Y me dijo: Marcha, porque yo te enviaré lejos, a los gentiles" (Hch 22, 3-5.17-20).

En términos parecidos, Pablo evoca en su carta a los gálatas su pasado de perseguidor de la Iglesia:

"Ya estáis enterados de mi conducta anterior en el judaísmo, cuán encarnizadamente perseguía a la Iglesia de Dios y la devastaba, y cómo sobrepasaba en el judaísmo a muchos de mis compatriotas contemporáneos, superándolos en el *celo* por las tradiciones de mis padres...

"Personalmente no me conocían las Iglesias de Judea que están en Cristo. Solamente habían oído decir: El que antes nos perseguía ahora anuncia la buena nueva de la fe que entonces quería destruir..." (Gá 1, 13-14.22s).

Algo muy semejante encontramos en su carta a los filipenses (3, 5s) en la que enumera sus títulos de nobleza: "Circuncidado el octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín; hebreo e hijo de hebreos; en cuanto a la Ley, fariseo; *en cuanto al celo, perseguidor de la Iglesia*; en cuanto a la justicia de la Ley, intachable".

Este mismo *celo* devora al Sumo Sacerdote y a los saduceos que lo rodean: "llenos de *celo* echaron mano a los apóstoles y les metieron en la cárcel pública" (Hch 5, 17). Este *celo* abrasa a los "judíos" de Antioquía de Pisidia: "Al ver a la multitud, los judíos se llenaron de *celo* y contradecían con blasfemias a cuanto Pablo decía... Promovieron una persecución contra Pablo y Bernabé y les echaron de su territorio" (Hch 13, 45.50). La epístola a los Hebreos (10, 27) habla del mismo *celo* de fuego (*purós zelos*) que debe aniquilar a los rebeldes apóstatas: "Si alguno viola la Ley de Moisés, es condenado a muerte sin compasión, por la declaración de dos o tres testigos".

Todos estos textos, y muchos más, nos describen a zelotas de un mismo tipo: hombres profundamente piadosos, fieles a la Alianza, integristas violentos que, a ejemplo de Pinjás, Elías, Jehú y Matatías, destrozan en forma implacable a quienes les parecen violar la *Torá* de Moisés. Estos zelotas no son guerrilleros. Su enemigo no es el romano. Pablo era ciudadano romano y orgulloso de serlo. Son inquisidores, como los que nosotros los católicos tendremos siglos después, de muy triste memoria. En ellos sin duda pensaba Jesús cuando vaticinó: "Llegará la hora en que todo el que os mate piense que da culto a Dios". (Jn 16, 2).

Los zelotas en tiempos de Jesús

La corriente zelota estaba en plena efervescencia en tiempos de Jesús. En el fondo, los zelotas compartían el mismo proyecto que Juan el Bautista: *preparar al Señor un pueblo perfecto*. Y para prepararlo, pen-

saban ellos, había que purificarlo de los pecadores. Y como la pena de muerte figuraba en la *Torá* en relación con los mandamientos de la primera tabla, los zelotas no vacilaban en aplicarla a quienes caían en sus redes. Los zelotas decían: "Aquél que derrama la sangre de un impío es como aquél que ofrece un sacrificio". (Nu. R. 21, 3; Tanch. Pinchas 3, ed. Buber 76a). Jesús, como otros rabinos, predicaba una actitud diametralmente opuesta, citando a Os 6, 6: "Lo que quiero es la misericordia, no el sacrificio". Jesús no venía a destruir al pecador sino a buscar su conversión (Jn 3, 17). Buscaba a la oveja perdida y la reintegraba al redil con cariño (Jn 10). Era a imagen del Padre que se adelanta al hijo pródigo (Lc 15, 11-32). Comía con publicanos y pecadores (Mt 9, 11). Se dejaba tocar por la mujer de mala vida (Lc 7, 38). Perdonaba a la mujer adúltera (Jn 8, 11).

Las actitudes de Jesús se prestaban mucho a chocar a los fundamentalistas, sobre todo a los saduceos. A pesar de que proclamaba que no había venido a abolir la *Torá* sino a darle cumplimiento, no faltaban quienes pensaban que se tomaba grandes libertades con las leyes de pureza, con el *shabát*, con la *Torá*. Seis veces en el Sermón del Monte, se atreve a proclamar: "Habéis oído que se dijo... pues yo os digo...". Hasta el Decálogo queda reinterpretado por este rabbi que se atrevió a decir: "Si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos". (Mt 5, 20). El mismo Juan Bautista parece desconcertado: "Juan que estaba en la cárcel tuvo noticias de lo que Cristo estaba haciendo. Entonces envió a algunos de sus discípulos a que le preguntaran si él era de veras el que había de venir o si debían esperar a otro". (Mt 11, 2-3). También sus discípulos más cercanos quedaban extrañados. Más de una vez Marcos nos dice que no entendían.

Un día, Judas, el hombre de Qeriót, compañero de Simón el Zelota, llegó a convencerse de que era su deber entregar a Jesús para que fuera juzgado. Tal como estaba previsto en estos casos, los sacerdotes le pagaron unas monedas por su servicio. Pero Judas, nos dice Orígenes, no era ningún cazador de recompensas. Es poco probable que Jesús se hubiera equivocado cuando lo llamó a seguirlo. El Maestro no lo había escogido por malo, sino por bueno, recto, fervoroso. Judas era sin duda uno de tantos zelotas escandalizados por las novedades de Jesús. Las treinta monedas que le pagaron le quemaban las manos y las devolvió tirándolas, disgustado. Y en aquella triste noche que iba a significar tanto para la historia de la humanidad, Judas, discípulo de Jesús, se suicidó, desesperado.

Si uno considera que Pedro negó tres veces a su Maestro, que de todos sus discípulos, sólo Juan lo acompañó en el Calvario, que los familiares de Jesús lo creían loco, uno ve cuán difícil era para un judío de aquel tiempo reconocer en Jesús a Aquel que debía venir. ¿Quién se atrevería a lanzar la primera piedra?

Nosotros, cristianos, y nuestros hermanos judíos

A nosotros, discípulos de Jesús, nos toca transmitir su mensaje en toda su autenticidad. Este es un mensaje de amor y reconciliación. Cuando nos entregamos al ministerio de la predicación o de la catequesis, somos instrumentos del Dios de misericordia. No puede haber en nuestra boca ninguna palabra injustamente ofensiva. En las últimas décadas, se ha hecho un gran esfuerzo por clarificar la exégesis de pasajes difíciles, v.g. sobre el pretendido antijudaísmo de Mateo¹¹ o de Juan¹², o sobre el valor perenne de la Alianza del Sinaí en Romanos 9-11. Todo esto es útil y merece amplia difusión. Pero la mejor protección para nuestros hermanos judíos son sin duda las mismas palabras que nos dejó Jesús. Si logramos hacerlas llegar a nuestros discípulos en toda su pureza, entonces el antijudaísmo se volverá imposible: "No juzguéis y no seréis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis seréis juzgados, y con la medida con que midáis se os medirá a vosotros" (Mt 7, 1s).

Ojalá nuestros feligreses lleguen a entender que el antijudaísmo es un insulto para el mismo Jesús, una bofetada en la cara de su santa Madre, de los Apóstoles y de los primeros cristianos, nuestros hermanos. Una bofetada en nuestra propia cara, ya que hemos recibido los tesoros de Israel de manos de nuestro Maestro, el judío Jesús.

¹¹ MORA termina su libro *Le refus d'Israel* con este párrafo:

"De verdad resulta divertido acusar a Mateo de antijudaísmo. Si Mateo se muestra severo frente al judaísmo, es para inculcar mejor a los discípulos de Jesús los valores más altos y más constantes del judaísmo: gracia, praxis y juicio de Dios. Mateo, bien interpretado, no invita ni al desprecio ni al odio. Todo lo contrario. El rostro de Israel, es preciso mirarlo como él, con respeto y amor, como se mira el rostro de la propia madre" (p. 173).

¹² Cf. BROWN, Raymond E., *The Gospel according to John*, 2 tomos, Garden City, N.Y., Doubleday. Ver especialmente tomo I, LXX-LXXV.